

## La dulzura de la amarga muerte

Sergio Espinosa Proa

Universidad Autónoma de Zacatecas

Nunca he tenido el valor de contemplar el cadáver de un ser querido, ni siquiera lejamente querido. Nunca he podido juntar el valor suficiente para contemplar el cadáver de un ser humano en general. De un muerto recién muerto. He visto, eso sí, de niño, y también un poco después, las Momias de Guanajuato. Hay algo terrible en ellas, pero ¿qué es?

Me pregunto si es posible contemplar a la muerte. Uno mira las momias y se dice: qué espanto. Son cadáveres conservados, y en ello es manifiesta una inquietante —aun si no buscada— perversión. Están de cuerpo presente justamente cuando su obligación consistiría en desaparecer. Después de todo, están muertas. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué quieren decirnos, qué buscan todavía? ¿Qué esperan de nosotros? ¿Qué clase de invasión o inversión están, sin quererlo, protagonizando?

Parece obvio que las momias asustan (además de ser feísimas) porque algo les ha privado de su propio destino. Se quedaron a medio camino, entre la vida y la muerte, entre la aparición y la desaparición, entre la pérdida y la conservación, entre la afirmación y la negación. Lo terrible es que ni siquiera han podido morir bien, si por “bien” se entiende morir *de verdad*. Representan un último, inútil y con seguridad indeseado esfuerzo por resistir a la muerte.

En ellas asusta, pues, no la muerte en sí misma, sino la sensación de que no están *lo suficientemente* muertas.

No están *convenientemente* muertas. Y esto es curioso, porque sabemos de muchas culturas que han hecho de la momificación un arte, una ciencia y, naturalmente, una religión. Confieso que me cuesta demasiado trabajo comprender estas prácticas. Si hay un mundo invisible, un mundo que no está hecho de cuerpos que danzan, se tocan y se pudren, ¿cómo querer pasar a él con todo y zapatos? ¿Con nuestros perritos de peluche? ¿Con mi colección de CDs? Preparar al cuerpo para su viaje al más allá. ¿Cómo concebir que es precisamente el cuerpo eso que emprende el viaje?

Me cuesta trabajo entenderlo, pero no menos esfuerzo supone comprender la incineración de los cuerpos. Para la mentalidad cristiana, en esa su peculiar mezcla de gnosticismo, platonismo y pragmatismo, lo que en definitiva importa es la salvación del alma, y a esa la muerte parece que siempre le pela los dientes. A fin de cuentas, el cuerpo es como un traje que se ensucia y se echa a perder, y llega un momento en que el alma ya no se halla cómoda dentro de él. Para un cristiano, embalsamar a los cadáveres es menos una blasfemia que una completa pérdida de tiempo.

En cualquiera de estos casos extremos, y seguramente también en los intermedios, lo que queda por pensar es *quién muere*.

Las momias espantan no tanto porque estén muertas, sino porque parece que la muerte no ha terminado de hacer su labor. En una momia, la muerte está, ella misma, como espantada. Está privada de su poder, está como engarrotada, como burlada. *Como* suspendida y maniatada, pero esto es en todo caso una analogía o figura retórica, porque sabemos perfectamente que a pesar de todos los pesares las momias están perfectamente muertas. Y sin embargo, lo inquietante, lo siniestro de un cadáver en involuntaria conserva es que se trata de un cuerpo que *está del lado* de la muerte.

Y lo que todos sabemos es que de ese lado no cabe nada; de ese lado, en particular, lo que no cabe es un cuerpo.

No hay lugar para un cuerpo del lado de la muerte.

Partiendo de esto, quizás podríamos atrevernos a más. Decir, por ejemplo, que la muerte no es otra cosa que *la ausencia de cuerpo*. La muerte es *allí donde no cabe un cuerpo*. Pero decir esto es admitir que quizá cabría otra cosa. Cabría “algo”, pero ese algo no sería propiamente una cosa. En la muerte no caben los cuerpos y no cabe ninguna cosa de este mundo, pero todo indica que en ese no-lugar, en ese ningún lugar de la muerte cabe algo, que allí hay algo. Ese *más allá* donde empieza la muerte sería habitable —y estaría efectivamente habitado— por *lo contrario* de los cuerpos, lo contrario de las cosas.

Estaría ocupado por las palabras, por los signos. La muerte es el molde de todas las palabras. Su soplo.